

Reconstrucción del duelo y la memoria en las mujeres de una familia víctimas del conflicto armado del barrio Manrique Oriental, Medellín, Colombia.

Luz Enith Cano Ramírez

Resumen

El duelo y la memoria que dejó en las mujeres de la mi familia el asesinato de nuestro padre, en el marco del conflicto armado, se reconstruye desde una ruta autoetnográfica, para entretejer los relatos íntimos y narrar las afectaciones que dejó la violencia. De ahí la necesidad de relatar el impacto emocional, la fragmentación familiar, el duelo silenciado y el miedo constante que generó la muerte de nuestro padre en cada una de nosotras. Este trabajo se ha tejido de la memoria personal y colectiva, y de investigaciones que dan cuenta de cómo la violencia afecta y desestructura los tejidos familiares y emocionales de sus miembros. La escritura es una apuesta sanadora que posibilita comprender el dolor compartido. Es una acción política y terapéutica que hila lo personal con lo social dignificando el dolor y la memoria.

Palabras clave

Conflicto social, memoria colectiva, conflicto armado, desintegración de la familia, psicología social.

Nuestro primer poblado fue la familia, nuestro barrio, nuestros vecinos, nos sentíamos en tierra firme, guiados, acompañados y con un techo seguro. Pero, un día, antes de que el

alba se dibujara en el cielo, el ‘fuego’ llegó a reemplazar al ‘juego’, el que a mis once años todavía disfrutaba en casa y, por supuesto con los amigos del barrio. Fuego disperso y continuo que incineró ‘almas que habitaban cuerpos’ que podíamos ver, tocar, soñar, conversar con ellos. Momentos memorables que se quedaron entre nosotras y cuando los recordamos, es como si todo retomara su color y suspendiera el recuerdo de los muertos hechos ceniza.

Recordar las ruinas que esta tragedia deja en poblados, familias y seres humanos es incalculable; desde entonces mirábamos para todos lados, arriba, abajo, porque el miedo nos impidió mirarnos a los ojos y hacia adentro, los rostros de las personas se tornaban confundidos; el fuego asoló las calles, almas con vida se encerraron en el miedo cotidiano. Se volvió costumbre vivir así.

— Tomado de mi diario personal (2025).

“Por ti, brilló mi sol un día y cuando pienso en ti brilla de nuevo sin que se empañe la melancolía de los fugaces amores eternos”

— Joan Manuel Serrat

En memoria de mi padre, porque, aunque su voz se apagó, su amor vive en cada paso de mi camino.

—Luz Enith Cano Ramírez.

“La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad; por consiguiente, no preguntes por quien doblan las campanas: doblan por ti”

— Ernest Hemingway

Introducción

El timbre sonó en la quietud de la madrugada; en el primer festivo del año 1989. La forma inminente en que tocaron la puerta despertó asombro y temor. Al abrir, una voz grave y solemne rompió el silencio: acaban de matar a Otoniel. En segundos, un espasmo nos habitó... Corrimos hacia la escena. El cuerpo sin vida de mi padre yacía sobre el pavimento. Lamento y suspiro se volvieron arena en mi garganta. No supe llorar la muerte, sentí el vértigo de ese vacío que somos. Mis pies se pegaron al asfalto y los murmullos de quienes lo observaban, me confundieron. Decían que fue la milicia, decían... Su muerte se llevó lágrimas, niñez, ingenuidad, juventud, sueños. Su muerte dispersó la familia, trajo depresión, encierro, abandono, hambre, destierro... Desde entonces todo cambió.

Hoy, 36 años después, me aventuré a tejer la experiencia íntima de las mujeres de mi familia con relación al homicidio de nuestro padre en el año de 1989; este hecho sucedió en el contexto del conflicto armado del barrio Manrique Oriental de la ciudad de Medellín.

Dice el Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH, 2018), que la guerra en Colombia ha dejado 262.197 muertos. De este total de víctimas fatales 215.005 eran civiles y 46.813 eran combatientes. Esta es una de las principales conclusiones del Observatorio de Memoria y Conflicto que documentó los hechos ocurridos en el conflicto armado colombiano entre 1958 y julio del 2018. Sumado a ello, entre los años 1985 y 2022 la población colombiana ha sido afectada de manera catastrófica dejando como resultado 4.500.000 mujeres que sufrieron de modos distintos la violencia de las 9.231.425 víctimas directas. (Díaz Facio Lince, Ortiz Medina, Bedoya Hernández 2022).

El asesinato de nuestro padre no fue solamente una cifra más. Su muerte fue todo un trauma familiar, detonó todo un sordo proceso de violencia que se agitaba en los corazones del barrio, demostró la presencia del conflicto armado en la vida cotidiana y sembró la zozobra; delató la soledad, ensombreció la mirada de los vecinos, nos mostró que el mundo es inseguro, impredecible, terrible. Desde entonces, se cernía sobre nuestras cabezas el desamparo y la desolación.

En ese tiempo, mi familia, como muchas, perdieron a varios seres queridos. El asesinato, de mi padre dejó un abismal vacío, silencio, desolación en la relación familiar y en la identidad de sus integrantes. Confieso que por mucho tiempo atribuí que la fragmentación familiar, había

sido sólo por el asesinato de mi padre. Sin embargo, recogerlos en un contexto de comprensión que implica amor y emociones, ha requerido la reconstrucción del duelo y la memoria de su muerte, del caos individual y colectivo que ha contenido imágenes, narraciones de vivencias pasadas, símbolos e imaginarios que nos han permitido convivir con ese vacío en la vida.

Cifuentes (2009), nos cuenta que cada familia afronta y resuelve los impactos recibidos por la violencia según su historia y las estrategias internas y externas propias, por la cual, el nivel de afectación de la violencia es considerablemente distinto. En los antecedentes que encontré para situar la investigación, se da cuenta de lo complejo del impacto del conflicto armado en las familias de Colombia, específicamente en Medellín, Antioquia. Los hallazgos concuerdan en que la memoria y el duelo se ven afectados de manera significativa debido a la violencia y la vulnerabilidad estructural en la que muchas familias viven. A partir de la Ley de Víctimas, hasta las indagaciones de autoras como Cifuentes y Delgadillo (2020), se confirma que el desarrollo de reconstrucción de la familia y sus integrantes, tras una pérdida, no es rectilíneo ni semejante, en todo ello intervienen factores políticos, sociales y emocionales.

Fueron muchos años de incertidumbre sobre si el asesinato de nuestro padre había sido toda una confusión. Rogelio, un hermano mayor, era buscado para ser asesinado; aún no sabemos ni sabremos los motivos de tan siniestra resolución. Tres años después de la muerte de papá Rogelio corrió la misma suerte. Mi padre trabajaba en un parqueadero abierto, mi hermano le recibía todos los días de 12 m a 4 am —dado el horario de cinco pm a ocho am—, para que papá pudiera dormir un rato. En esa pausa, papá le entregaba la ruana y el sombrero a mi hermano para que se abrigara; ese primer festivo de enero mi padre le dijo: *no me reciba hoy, descanse*.

A mis doce años, llegó el impacto de la muerte. A esa edad, era imposible comprender la pérdida de mi padre por causa de un asesinato, por un malentendido. Mis experiencias con la idea de la muerte, ahora en la adultez, han traído sensaciones distintas: mi hermano Gustavo y mi sobrino Jean Pierre fallecieron de causas naturales; siento que ahí está la diferencia. El dolor que sentí tras el asesinato de mi padre fue incomparable. No hay pérdida más dolorosa. Su asesinato me afectó de manera profunda e íntima, ya que con él se fue gran parte de mi infancia.

La figura del padre en nuestra cultura se ha establecido como un eje estructurador de la

familia; este rol ha sido el más afectado por la violencia y por la guerra. El padre es la imagen primaria que da forma a la constelación familiar, son los padres los que proveen protección, seguridad, soporte emocional al hogar y estimulación cognitiva; de igual manera, confieren mayor satisfacción de las necesidades psicológicas y el sentimiento de bienestar emocional (Bradley y Corwyn, 2004, citado en Rendón-Quintero y Rodríguez-Gómez, 2021, p. 3)

Eliminar al padre significa eliminar la norma, es una ruptura de los lazos familiares, de cercenar el espíritu creador, protector. De la figura paterna devienen la ley y el lenguaje, la norma y la autoridad; sin esta figura queda la incertidumbre, la ausencia de racionalidad y esta misma ausencia nos adentra en los espesos muros del autoritarismo y la violencia. (Quintero Gaviria, 2015, p. 317). En el contexto del conflicto armado, la ausencia de la figura paterna genera en las mujeres un duelo complejo, no sólo por la pérdida afectiva, sino también por el impacto que esto tiene en la estructura familiar y en la estabilidad emocional. Muchas mujeres deben asumir nuevos roles y responsabilidades, enfrentando la incertidumbre y el dolor. Este proceso de duelo se ve agravado por la violencia y la ruptura de los lazos sociales, lo que dificulta la reconstrucción emocional y hace más evidente la importancia del acompañamiento psicosocial, comunitario y estatal para su recuperación

Dice Cifuentes (2009):

Las afectaciones que el conflicto trae sobre las familias y sobre cada uno de sus miembros, no se derivan solo de los hechos del conflicto dirigidos directa o indirectamente sobre la población, se relacionan también con la instauración de órdenes de hecho, configurados sobre nuevas formas de relación, estructuras jerárquicas, valores y estilos de resolución de conflictos. (p.103)

Perder a mi padre, fue un hecho doloroso, del cual reconozco hondas huellas en mi proceso de hacerme mujer. Se desordenó mi adolescencia, no hubo tiempo de preguntarme por mis sueños, por mis cambios psíquicos y corporales. Primaba la sobrevivencia y con ella, la prematura adultez, con el miedo a cuestras, como una sombra, miedo de vivir por el miedo de morir, pues el asesinato también se cernía sobre mi cabeza. Me sentí abrazada en mi pena al saber que el dolor dejó de ser sólo mío cuando supe que otros también lo padecieron.

Delgadillo Serna (2020) dice:

Frente a mi hermana muerta, no tengo lágrimas sino preguntas, el llanto nos lo quitaron después de la infancia, el odio que no entendíamos y sobre el cual se fundó la continuidad de la familia, nos secó el llanto, nos negó el gran descanso de las lágrimas. Ahora no me quedan sino las preguntas, las preguntas que no pude hacer cuando eran necesarias, cuando surgían atormentadoras ante cada hecho, ante cada acción y más atormentadoras y apremiantes después de cada catástrofe.

A través de estas líneas, la autora señala una crítica social, a la vez que resalta la profundidad de las emociones y la tragedia humana; además, representa el pasado como un legado que no se ha aprendido a superar. Al retomar la experiencia de mi familia y la indagación bibliográfica que realicé para este trabajo fue especialmente necesario preguntarme: ¿Cómo reconstruimos la memoria y el duelo por el asesinato de nuestro padre, las mujeres de la familia, víctimas del conflicto armado del barrio Manrique Oriental? Esta pregunta implica también hacerse las siguientes: ¿Cómo se dan, en nosotras, los procesos de reparación de la memoria por el homicidio de nuestro padre? y ¿Qué sentidos tiene colectivizar las afectaciones que sufrimos frente al duelo? Estas inquietudes fueron la brújula que nos permitió encontrar y entender las formas que cada una utilizó para preservar la memoria y reconstrucción del duelo por la pérdida de nuestro padre. Recuperamos los lazos perdidos, abrimos temas de conversación que no se habían tocado en todos estos años, construimos un espacio de encuentro alrededor del dolor y ritualizamos el duelo como un asunto que no le toca a cada una, sino que puede ser colectivizado.

La investigación se realizó desde un enfoque autoetnográfico que permitió retomar una historia personal y familiar que procuró enlazar lecciones entrañables de memoria y duelo con las afectaciones colectivas del conflicto armado. Hacerlo de este modo nos brindó la oportunidad de escudriñar las huellas que deja la guerra en las personas que sobreviven y las complejidades que implica su recuperación. Nos permitió sentir, nos sensibilizó desde el conversar con nuestras propias voces, reconocernos en el duelo para socializar y comprender que el dolor fue compartido y que sólo desde la escucha, la palabra y el afecto nos sanamos.

La autoetnografía se me presenta como una estrategia metodológica que me permite la

exploración de si misma y del entorno; en este caso, observar, analizar y escuchar nuestro proceso de duelo y vincularlo con los procesos sociales y culturales que lo generaron. Esta es una de las posibilidades que ofrece la autoetnografía de sanación como medio terapéutico para tratar con nuestro dolor desde la escritura y la conversación. Este proceso ofrece la posibilidad de recuperar las experiencias internas y dolorosas, reconstruir la identidad personal y social a través de la conversación y del ejercicio de la escritura (Alegre Agis y Fernández Garrido, 2019, p.9). En otras palabras, es todo un ejercicio de introspección: mirarnos a nosotras mismas en relación con nuestra identidad, nuestras posesiones y nuestras relaciones con los demás.

Encontré aplicaciones de este tipo de escrituras, en investigaciones realizadas con personas afectadas por el conflicto armado colombiano. Distintos investigadores resaltan la realización de distintas intervenciones cuyo eje central es la práctica escritural de los afectados por la violencia (Arteaga, 2016; CNMH, 2013; Nieto, 2006, 2007, 2010a, 2010b.). Otros estudios dan cuenta de cómo este tipo de escritura es una estrategia efectiva que ha movilitado procesos de reparación y transformación, subjetiva y social, semejantes a los referidos con respecto a otras prácticas artísticas realizadas por víctimas del conflicto (Arenas-Grisales, 2012; Beristain, 2012; Díaz, 2019; Moreno-Camacho & Díaz-Rico, 2015; Nieto, 2010b; Villa, 2014; Villa-Gómez & Avendaño-Ramírez, 2017; Zuluaga Aristizábal, 2015).

En consecuencia, para desarrollar este trabajo implementé dos técnicas para la recuperación de los recuerdos, anécdotas y experiencias en un sentido autoetnográfico. La primera, *Fotografía descrita*, que consiste en describir los detalles de una escena, recuerdo o momento importante con relación al padre y la familia en tres tiempos distintos: cuando vivía, durante su muerte y después de su muerte; y la segunda se llamó: *Mujeres que expresan, memorias que florecen*, basada en reconstruir una narración propia con relación al padre y la familia. Al permitir la reconstrucción de una memoria familiar incluyendo diferentes puntos de vista, logramos conversaciones más abiertas y tranquilas y reconstruimos el legado emocional y simbólico del padre. Esto facilitó que cada mujer de la familia pudiera procesar el dolor acumulado y, al mismo tiempo, reconfigurar la identidad familiar desde una nueva perspectiva, que integra la memoria del padre en el presente y ayuda a sanar las heridas del pasado.

Como resultado, la reconstrucción de la memoria y el duelo por el homicidio de nuestro

padre, en el marco del conflicto armado, ha desatado o un camino sensible, intenso en conjunto de exploración, plática y restauración sentida. Este sufrimiento nos ha dado brindado la facultad de integrar cómo el padecimiento hablado cambia y cómo al escribirlo son señales para reestablecer lo vivido. Los siguientes apartados puntualizan relatos y hallazgos procedidos de esta aventura autoetnográfica descubriendo de qué modo las mujeres de mi familia vivimos la reconstrucción de nuestra identidad y memoria desde el sufrimiento del duelo y la elaboración conjunta de nuestras heridas emocionales.

Reconstrucción de la memoria del padre en la voz de sus hijas

La reconstrucción colectiva de la imagen de nuestro padre significó, dejar de cargar de manera individual, pedazos de una ausencia dolorosa. En ese hecho de memoria compartida, lo que antes fue una experiencia subjetiva atravesada por la incertidumbre, se transfigura en un diálogo común, permitiéndonos expresar el sufrimiento, dotándolo de un nuevo sentido al tejer nuestras propias experiencias. En otras palabras, vimos no sólo quién fue él para cada una, sino quién fue en la estructura de la familia. Al rehacer su representación, estamos reconstruyendo los vínculos como hermanas, hijas y mujeres afectadas por el mismo duelo. Una historia fracturada toma una forma más sana, un alivio compartido a lo sufrido.

“Papá fue el que nos dio la vida, nos protegió, nos guio, hasta muy avanzada edad, de la mejor manera; sin dejar de reconocer que también tuvo errores como persona. Es una responsabilidad grande de ser padre como madre, de guiar a ese niño”.

—*Falconery Cano Ramírez. 2025*

En el diálogo con mis hermanas, empezar a narrar sobre quién fue papá, fue uno de los momentos más sensacionales. Los matices de sus voces transmitían tranquilidad, alegría, satisfacción y orgullo al recordar a papá, y; claramente resonamos en que él significó nuestra protección, el respeto, el cuidado, fue nuestro defensor con hijas e hijos por igual, fue cariñoso y jugó con nosotros. Como familia humilde, nunca nos faltó con lo necesario. También fue el negociador de los castigos con mamá, era nuestro defensor.

Corría con los hijos cuando estaban enfermos, organizaba los paseos familiares, cargaba a

sus nietos y, cuando fue necesario, por enfermedad de mamá o porque estaba desempleado, se encargaba de hacer las arepas y cumplir con los pedidos, nos preparaba el desayuno, nos despachaba para la escuela, nos llevaba la media mañana, alistaba el almuerzo y, si le quedaba tiempo, ordenaba y limpiaba la casa. También era quien asistía a las reuniones escolares, reclamaba las notas, vigilaba que nuestros zapatos brillaran siempre y, si nos habíamos portado bien, nos compraba un helado los domingos.

Veíamos en familia la televisión, salíamos a caminar, — a las hermanas menores, les tocó que las llevara con más frecuencia dice Olga —. Así era, compartíamos en la montaña y recolectábamos plantas para organizar su propio jardín. Fue el organizador de las celebraciones familiares importantes y el encargado de asegurar al fotógrafo en cada ritual.

La admiración quedó intacta porque fue un ser presente para nosotras. Presencia que abrumó por su prodigiosidad en el amor. Y el amor aquí fue todo. — Fue muy mamá dijo Olga y confirmó Oliva, — sí, lo fue. De 21 partos de mamá, él atendió 18 y le cuidó muchas dietas. Apenas hago conciencia de que efectivamente mi padre hizo muchas veces la función de madre también, como si le hubiera ayudado a ser madre a mi madre.

“Otoniel aprendió que para atender los alumbramientos de su esposa sólo bastaba una ponchera con agua tibia, alcohol, tijeras, algodón y una sábana limpia. Nunca sintió miedo, estuvo dispuesto a realizar la tarea, sabían que estaban lejos de la “civilización”.

—Cano Ramírez, 2019, p,119

Reconstruir colectivamente la figura de papá nos hizo volver la mirada a lo que pasaba con mamá. Ella era percibida como ausente, ciertamente estaba en constante dieta, atiborrada de hijos, cuerpo y mente desgastados y como resultado arrojaba actitudes irritables, no nos tenía paciencia, la abrumaban los límites. Ahora comprendemos que no tiempo para ella misma ni para estar más cerca de sus hijos. Lo expresado por las participantes subraya que —Cuando mamá tenía los bebés, muy pronto se los pasaba a las hijas mayores para cuidarlos Olga y Oliva—, y aquí Falco —agrega es por eso que a las hermanas mayores también las vemos como mamás, Oliva hizo cosas con nosotras que mamá no—.

Cuando estaban hablando de que la mamá estaba ocupada teniendo hijos y que unas

terminaron siendo las mamás de las otras, emergió la pregunta sobre si en algún momento hubo quién recogiera lo que mamá abandonó en medio de su duelo, o quién hiciera las veces del papá como presencia, apoyo y compañía. Nuestra conversación nos hizo caer en cuenta de que la comunidad y el Estado nos dejaron solos, del mismo modo que quedó esta ciudad, no había quién recogiera nuestro sufrimiento.

En estas circunstancias de pérdida, abandono y dolor silenciados llegó como consecuencia del olvido y la invisibilización de Guillermo y Luz Enith para el resto de las hermanas. Expresaron no recordar qué sucedió con nosotros en el transcurso de aproximadamente dos años. De ese laberinto que es la memoria, el diálogo también trajo un secreto familiar que hasta ahora se revela —Rogelio le quitó la vida alguien en defensa propia—.

Lo que fue experimentado de forma personal, y concebido como cierto, aportados colectivamente y comparado con las experiencias de las otras hermanas, clarificó lo supuesto. De tal forma, el duelo cesa de ser una carga interna y silenciosa para transformarse en una nueva mirada integrada que profundiza y enriquece la memoria individual en un relato colectivo y expandido.

Unificando la respuesta a dicha pregunta, estuvimos de acuerdo en que, para mamá fue duro, no podía tomar decisiones sobre su cuerpo, se la pasó muchos años embarazada, una mujer inconsciente de sus acciones por la cultura que le tocó y, además, la época influyó en la incapacidad de brindar afecto, No hay que culparla. Pero, cuando nos faltó el padre nos quedamos sin amor. Falco y yo concordamos en que, una de las maneras de mamá demostrarnos afecto, era cuando nos hacía ropa para las muñecas.

Cerrando el hilo, de cómo recordamos a papá, tengo recuerdos memorables que quedaron plasmados en mi mente y que han servido de “ritual” para tramitar el duelo. Es todo un hito en la construcción de mi historia personal.

La imposibilidad de reconstrucción de la familia

La introspección nos revela una oportunidad interesante sobre memorias visuales de la familia reconstruida. En ausencia del referente paterno, “¿hubo algunas otras relaciones?”. En nuestro caso en particular, la constelación familiar que giraba en torno al padre recae en la figura

materna que, al estar ausente vuelve y recrea la necesidad de cuidado y estabilidad del entorno familiar.

Al estar rota la constelación familiar por la ausencia paterna, el rol recae nuevamente sobre el rol tradicional de la maternidad. La memoria vinculada a la familia, respecto a la figura de seguridad y cuidado, muestra de qué manera, en el proceso de reconstruir la memoria familiar, se modifican las relaciones y los roles que antes fueron otros. Las hijas mayores asumieron funciones cercanas al rol de la madre, reforzando la idea de que las dinámicas familiares se pueden adaptar y fluir. Dichas reflexiones nos revelan que, tras la falta de uno de los padres, las funciones se reconfiguran y se reconstruyen respecto a lo que representa ser una familia.

Entonces emerge en la conversación esta pregunta: ¿Ustedes, las mayores, tenían una idea organizada de familia? “El recuerdo familiar que Falco tiene es de Luz Enith y Olga de la familia”. ¿Cómo organizaron la sensación de seguridad y de protección que habían perdido porque el papá no estaba? Las hijas mayores disponían de vínculos alternativos que les ofrecieron apoyo para reorganizar su existencia, sostenidas por personas del núcleo familiar cercano. Estas presencias o redes alternas — parejas o amigos que representaron el cuidado — representaron un lugar seguro. A diferencia de las hijas mayores, no conté con redes de contención en la adolescencia, no hubo apoyos externos que suavizaran ese impacto. Dicha revelación da cuenta de que, las formas familiares no tradicionales, pueden transformarse en núcleos de protección y base para hacerle resistencia al dolor más allá de los roles parentales, en algunos casos, pero otros quedan descubiertos. Además, esa protección en otros vínculos permite bálsamos al dolor, que hacen falta para quien se ve a sí misma sola y sin atención.

El manto que ofreció ese cuidado de protección a dicha situación de desamparo se proyectó en figuras sustitutas en mis hermanas. —Falco en el novio—, —Olga en el esposo y el hijo, — Oliva en Olga y el hijo—. En la conversación, comprendimos que cada una se refugió en ese vínculo cercano, pero, el dolor las habitaba de manera continua, porque, aunque tenían con quien compartir, no estaban solas y se sentía un alivio, no se hablaba de lo que les dolía. No sabían cómo hacerlo.

A partir de lo anterior, aparece otra inquietud, nos preguntamos por quienes ofrecieron ese soporte cuando el padre real no estaba y mamá estaba ausente, ¿quiénes las siguieron

cuidando, bajo que manto buscaron ese cuidado y protección y lo encontraron de tal manera que siguen aquí? ¿qué otras mujeres las sostuvo?: —Falconery respondió que suegra representó esa figura de cuidado—, —Olga, narró que ninguna mujer, afirma que se refugió en Jean Pierre—. —Oliva expresa que su soporte fueron doña Dolores y Olga— Luz, refirió a varias mujeres que la acogieron y contuvieron: Doña Norely, Hilda Gómez Castrillón, Marina Taborda, Aliria Vásquez, Lucía Gómez Vélez, Yamiled Gaviria Toro, Sandra Palacios, Martha Ochoa, Inés Oliva Cano Ramírez.

En mi caso, reconfigurar una nueva familia que me protegiera, tomó cierto tiempo en manifestarse. Recorrí diferentes ambientes que no ofrecían arraigo. Recuerdo que me refugí en la escuela, en el trabajo, para entonces laboraba en una casa de familia en Prado Centro en las mañanas para pagar el desayuno y el almuerzo, y en el calendario contando los días que faltaban para ver a mamá cuando tuviera el día libre porque trabajaba interna. Mi hermano Guillermo dormía en el día porque trabajaba en las noches, entonces poco nos veíamos. Pasó alrededor de ese estado de desasosiego. Luego aparece la posibilidad de una nueva familia cuando mi hermano Gustavo y su esposa me abren un espacio en su casa. Un vínculo que reordena de nuevo mi existencia. Más adelante aparecieron otras personas que me brindaron consuelo, afecto y seguridad como el tío Octavio y Hermes.

Antes de finalizar la conversación que compartimos, mis hermanas manifestaron agradecimiento porque estemos recordando lo bueno, lo malo, que estemos juntas, que compartamos. También expresaron la importancia de comprender a mamá para sanar el vínculo con ella, que cada uno ha tenido que recorrer su propio camino, incluyendo a papá. Conuerdan en que, fue un buen hombre, un buen vecino, un ser humano valioso.

No obstante, la memoria no solo se reconstruye con lo lazos que vamos tejiendo en el presente, igualmente con aquellos que deseamos sanar y ya no existen. Así que la exhumación de nuestro padre, pese a que se sitúa en otro momento, escenifica otra manera de resignificar el duelo y reanudar los pedazos de nuestra historia.

Antes de rayar el alba ella está despierta, es la exhumadora de los restos. Junto con su familia, se dirige al cementerio cercano donde por voluntad propia asumirá la contaminación que los huesos inertes le ofrecen; pero estos no le son ajenos, son los

restos de la carne de su madre, de la sangre de su padre, de su hermano, de su abuelo”

— *Ritual Wayuu*

En sus voces aún se escucha que no recuerdan quienes asistieron al ritual de sacar los restos. En sus gestos podía leer la tristeza sí, la herida ya no sangraba y en sus discursos el tono evidenciaba tranquilidad. El dolor transitaba de forma distinta, y aunque para todas volverlo a ver, era aceptar su ausencia, esta sucedía de manera parcial.

Por lo tanto, en el marco del duelo, este proceso de exhumación contribuye a la recuperación de la memoria desde otros lugares y emociones, y por tanto al proceso de resignificación. De hecho, “los procesos de exhumación pueden significar una pieza clave en la reparación del daño a familiares (Arroyo Navarro, Auné, Cambra Badii, Pérez Petrone, Travnik, 1983, p. 11).

Particularmente, recuerdo esta escena de otro modo: estaban mis hermanas, hermanos y mi madre. Ese día no lloré, ver solo sus huesos generó una sensación ambivalente entre impresión y felicidad porque estaba viendo de nuevo lo que quedaba de él; en el velorio no recuerdo si me acerqué a verlo. Lo que más me llamó la atención de su ósea arquitectura fue la platina que tenía en una pierna debido a un accidente que tuvimos en común. Además, le había crecido el cabello. Antes de desarmar lo poco que físicamente quedaba de él, sentí que también amé sus huesos. No hubo miedo, hubo calma en mi alma. Pusimos los huesos en una bolsa y nos desplazamos al cementerio de San Pedro para ubicarlos en el osario donde está uno de sus nietos.

Este momento memorable, aunque calmado para mí, descubre el laberinto de estos rituales con las huellas del dolor. No todas las mujeres de la familia, no todas las personas experimentan estos rituales de la misma manera. Por consiguiente, es esencial reconocer que esa afectación puede ser distinta. Como señalan Arroyo Navarro, Auné, Cambra Badii, Pérez Petrone, Travnik (1983), “cuando se realizan sin el acompañamiento psicosocial y la asesoría adecuadas pueden provocar la profundización del daño”. (, p.11).

La anterior cita nos lleva a pensar que reconstruir la memoria no solo es vital, sino que

también conlleva un compromiso de parte del Organismo Público de cómo acompañan el proceso. De hecho, en el caso de la familia, la carencia de apoyo obstaculizó la reconstrucción simbólica. La memoria se experimentó de manera fragmentada, cada una tuvo que transitar su propio duelo. Es por ello, que propuse abrir un espacio en el que nos permitiéramos sanar en colectivo, en que la reconstrucción simbólica fuera compartida

En nuestra conversación Falco expresó su asombro al no encontrar unos huesos blancos, ni limpios; los encontró de un tono oscuro y ennegrecidos por el tiempo y la humedad. Fue una de las que inició con la acción de tomar su cráneo y limpiarlo; yo le recordé que, una vez ella comenzó a tocarlo, otros participamos con lavar todo su esqueleto. Este fue, para nosotros, un gesto de amor y despedida.

“Descubrí que ya no guardo tanto dolor, haber estado en la sacada de los restos de Papá, para mí no fue tan doloroso. Ahora tengo otra concepción de la muerte”

— *Falconery Cano Ramírez. 202)*

El dolor por la muerte del padre, al no ser resultado de una muerte natural, ha persistido como un pensamiento obsesivo que, desde lo profundo del inconsciente, aparecía reiteradamente en mis sueños y en el qué hacer diario. Por momentos, esto pareció como una construcción individual, una afectación personal, En la conversación con mis hermanas, aparecieron indicios de que, de algún modo, así fue para todas. Los rituales del duelo tienen cosas compartidas así no hablemos de ellos explícitamente. El papel de la memoria compartida es recordarnos en ese suceso pasado, en quiénes fuimos, quiénes somos en este presente y cómo transitamos juntas en el dolor; y, con este último ritual de acercamiento, siento que algunas ya estaban más cerca de la comprensión de su muerte y otras empezábamos a elaborar de forma más tranquila su partida.

Construir la memoria afectiva por medio de la conversación entre nosotras, cumple una función similar a la de la exhumación. Convocadas por otras razones: hablar de la muerte de nuestro padre significó abrir un espacio de verdad silenciada, que retomó desde el valor del relato colectivo, una reconstrucción de la historia desde quienes la vivieron; una historia que va más allá de las interpretaciones oficiales. Remover las ruinas de lo pasado, para reconstruir la memoria del dolor, funciona como herramienta política, simbólica y terapéutica. Erigir un

museo hecho de imágenes, de instantes que, para cada una, guardan un significado único.

En relación con esto, Castaño Zapata, Jurado Castaño, 2019, refieren que:

“En el contexto de la memoria histórica, el análisis crítico de ese lenguaje debe plantearse en el horizonte de posibilidad de una verdad de la historia cultivada en las relaciones sociales y de sentido básicas que soportan las causas de un conflicto armado. En este orden de ideas denominamos *universo simbólico* a todo ese horizonte de posibilidades que las relaciones sociales han producido y de las cuales resultan evidentes algunos productos como las instituciones políticas o prácticas culturales vigentes en un momento dado”. (p.152)

Conforme a esta situación, el conocimiento de sí mismo en soledad no es el mejor bálsamo para que el duelo pierda su cualidad inhibidora. Y aquí aparece la pregunta: ¿Cómo pasa la memoria de ser un acto individual a ser un elemento que también crea y afecta al grupo o colectivo? Ahora bien, cada persona experimenta su propio proceso de duelo, importante preguntarnos por la trascendencia del dolor transitado en soledad, sin un ambiente social que acompañe. ¿es posible sanar una herida cuando los efectos de la memoria permanecen divididos? ¿acaso no se hace necesario una elaboración del duelo colectivo que posibilite resignificar un pasado desde una creencia generalizada? De este momento, compartir la memoria y posibilitar el diálogo respecto a nuestras vivencias, permitió que reconstruyéramos y significáramos el ayer colectivamente. En el encuentro, la prima Claudia Colorado Ramírez con su narración nos confirmó que intercambiar recuerdos modifica la representación subjetiva y además dignifica la memoria colectiva y familiar. — Antes de este ejercicio, sin conocer mucho, tenía otras ideas del padre de ustedes, lo tenía en otro concepto, me quedé impresionada, tienen muchas vivencias hermosas con el padre y las protegió, es raro ver en un padre que proteja más que la madre, las protegió, las respetó—.

Lo expresado esclarece en cómo la memoria, al ser participativa, brinda a los integrantes de la familia la configuración de símbolos y vivencias pasadas, originando nuevos discernimientos y emociones que sólo es probable que emanen en el ambiente grupal. De ahí que el dolor cese de ser un peso personal para volcarse en un medio de restauración colectivo, en el que la significación del duelo y la memoria se resignifiquen gracias al círculo de la palabra y la

presencia del otro. Ella, al igual que nosotras, tenía otras ideas, supuestos sobre lo ocurrido, secretos, suposiciones sobre personas y hechos, juicios y valoraciones limitadas. No obstante, al colectivizar nuestros recuerdos se logró obtener verdades profundas y humanas.

Entonces, trascendido el duelo, el dolor se ve como algo remoto y el miedo es puesto en su lugar. En el medio familiar es posible que haya más empatía y conocimiento propio, es la sencillez de una mirada limpia, que no guarda cenizas abrazadoras hacia su próximo. En una mirada vulnerable simplemente se ve lo que es: —Que Papá fue un buen hombre, un buen vecino—

El duelo como colectivo y singular

La muerte danzó en mi aliento, lo ha acariciado, lo ha sacudido en su letargo, buscando despertarlo y me trajo presentes: dolor, amor, desamor, furia, serenidad. Trajo a mi padre, a mis amados muertos.

—Tomado de mi diario personal. Cano, L. 2025.

Esta historia en nosotras empezó a tejerse en casa de mi hermana Oliva. Nos quedamos en el comedor porque les había sugerido que sería útil tomar nota de las cosas importantes a tener en cuenta, para realizar el primer ejercicio que nombré como: “Fotografías descritas”.

—¿Cómo es eso?, — preguntó Oliva, — si yo no sé escribir bien, ni expresarme como usted u otras personas lo hacen. — Le respondí que no se trataba de saber escribir muy bien, que sólo bastaba con que supiera escribir, fue entonces cuando les compartí un fragmento de un escrito propio como ejemplo:

“Memorias y silencios” “Arriba de la cama, un sombrero y una boina aguardan su momento. La cama, un catre de hierro, reposa como testigo de atardeceres solitarios, y sobre la silla, una ruana a cuadros parece abrazar el aire, esperando la noche para acompañar a mi padre en su jornada nocturna”.

—Tomado de mi diario personal. Cano, L. 2025.

En segundos nos sorprendió Oliva con su llanto, hicimos una pausa. Le preguntamos qué

le ocurría y nos respondió: — Hay muchas cosas por decir, cosas que me he guardado y no he sabido cómo expresarlas. Entonces me alegré de que lo dijera. Una vez se tranquilizó continuamos con la explicación y como resultado me contaron que les gustaba mucho la idea de hacer este ejercicio porque, aunque hemos tenido un sinnúmero de encuentros como hermanas, nunca nos habíamos ocupado de nuestro propio duelo, de reconstruir la memoria con relación a la muerte de Papá. Mis hermanas y yo resonamos en que el dolor instalado por el asesinato del padre, la fragmentación de la familia y la amenaza constante de muerte para algunos de los miembros fue un violento suceso que transformó nuestra existencia.

Escuchar que mataron a nuestro padre, fue la frase que nos instaló en el duelo por vez primera. Las palabras, ‘dolor desgarrador’, es como concebimos lo que deja su muerte. Todas experimentamos llanto incesante, noches en vela, el aturdimiento nos traía los rezos de quienes asistieron al velorio, y tales rezos resonaban en nuestro interior. Así, la muerte danzó en nuestras almas, acariciándolas, sumiéndolas en un letargo del que apenas hasta ahora estamos saliendo y ello nos permitió abrazarnos en colectivo.

Según, Díaz Facio Lince (2019), el proceso de duelo es siempre una experiencia singular mediada por distintos factores, como el lugar que ocupaba para el sujeto el ser perdido, la fuerza del lazo que lo unía a él, la forma y el momento en que acontece la pérdida, las características personales, la historia previa del doliente y el contexto social en que se desenvuelve el duelo. (p. 19).

El duelo, como la tristeza, tienen origen en una relación que abruptamente se rompe y el no comprender tal ruptura, tal experiencia de la vida, nos trae más sufrimiento. Ante esa aniquilación nuestras mentes quedaron paralizadas; claro, vivíamos en la experimentación de lo conocido, en lo “normal”, el asesinato no estaba en nuestra normalidad social o psicológica, fue todo un hecho incomprensible, que embotó toda nuestra sensibilidad artística y social, algo en nosotras fue asesinado, su muerte también mató algo que éramos.

Como el hombre es imprevisible en su actuar, por efecto de esa violencia, tuvimos que huir del barrio. Empezó todo un éxodo. Las amenazas de muertes persistían: Rogelio, según decires del vecindario, cayó en la droga, otros, dicen que mató en defensa propia. Todo ello conmocionó aún más nuestra inicial confusión. Lo único que queda claro es que fue asesinado por pasar una

barrera invisible. Este homicidio ocurrió el 16 de mayo de 1992. En este mismo año, pero un 16 de noviembre también mataron a nuestro hermano Guillermo.

En la conversación que realizamos, veníamos haciendo un rompecabezas sobre por qué tuvimos que irnos. En ese intento de atar los cabos sueltos del por qué estábamos huyendo, una preguntó: ¿quién vino a confirmar que efectivamente estaban buscando a nuestro hermano Rogelio?, Ese “quién”, ¿quién es? Es la voz anónima, es el murmullo popular, es la voz del corrillo – lo incierto, *la vox pupuli*, la que afirma que Rogelio “será pasado por las armas”

Ahora bien, entre 1989 y 1992 fue el periodo más catastrófico para nosotros como familia. ¿Duelo? ¿Cuál duelo? No conocíamos ese término, ni siquiera hablábamos de lo que nos dolía. Cuentan mis hermanas que nadie las acompañó en este dolor y en ello coincidimos, no nos preguntaron cómo estábamos, si necesitábamos hablar o anhelábamos un abrazo. La amenaza para mis hermanas y mi madre se fue en gran parte cuando mataron a nuestros hermanos. Porque ellas se reubicaron rápidamente en el barrio. En mi caso, el miedo me acompañó por muchos años tornándose en eventos postraumáticos, delirios de persecución que eventualmente aún persisten.

Buscábamos un consuelo, un lenitivo a nuestras penas.

La Unidad de Reparación de Víctimas me hizo una llamada en el año 2018, en ese momento se me removi6 todo, pensando que me darían una mala noticia, que a lo mejor habían encontrado el cuerpo desaparecido del esposo de mi hermana, tantas cosas pasaron por mi mente, no comprendía del todo la llamada, así que pregunté:

—¿a qué se refieren exactamente? —, —¿Queremos saber cómo se encuentra?
—, ¿cómo se siente con respecto a qué? —, —a la muerte de su padre y sus hermanos —. ¡Oh sorpresa!, el llanto y la ira se hicieron presentes, recuerdo que les respondí: —¿esta es la hora de ustedes aparecer?, veintinueve años después, ¿tienen idea de cómo la pasamos?, tantos años esperando que el Estado nos extendiera una mano, un oído —. Recuerdo que le colgué.

Arbeláez, Martínez, Arroyo y Cárdenas Herrera (2018) en su estudio sobre las formas de como las víctimas del conflicto armado en Antioquia han afrontado la pérdida de seres queridos, revelan que, a pesar de la Ley de Víctimas, persisten falencias en la atención

psicosocial, lo que ha llevado a la existencia de duelos sin resolver. (p.2)

Entre los elementos que emergieron en la conversación comentamos que, por más que huimos, nuestros hermanos terminaron siendo un blanco. De nada sirvió escapar porque finalmente también les arrancaron la vida. Nos volvimos desconfiados, inclusive al abrir la puerta, de ir a la tienda. La casa que era el regocijo se convirtió en el lugar más inseguro.

—Yo sentí dolor por muchos años porque Olga no pudo darle el último adiós a Papá, por el desplazamiento de la familia, porque Falco se fuera tan pronto de la casa, porque mataran a mi hermano Rogelio en cualquier momento.

—Inés Oliva Cano Ramírez 2025

Esta confesión fue nueva para el resto de nosotras. También lo fue que expresara que, en medio de tanto dolor, ellas no recordaban qué había sucedido con Guillermo— el menor de los hombres — y conmigo, cuando nos desarraigaron y tuvimos que desplazarnos para Cartago, Valle. En ese destierro perdimos las raíces, el norte y entramos en confusión. Entonces ahora el duelo era por no ser, por estar impedidas. Todo se veía oscuro.

En la continuación de la conversación nos dimos cuenta de que había muchos sentires guardados, los propios y los relacionados con las otras hermanas o hermanos, reunirnos para hilar y comprender un poco lo que nos sucedió, fue conocer el duelo, también significó conocernos a nosotras mismas. Saber que, en silencio, pero en simultánea, elevábamos nuestras palabras, nuestros sentires al cielo, intentando transformarlo en comprensión, solicitando reubicar no solo los cuerpos, sino la calma en alma. En ese mismo encuentro, al escucharnos nos dimos cuenta de que en silencio anhelábamos la presencia de nuestros hermanos, pero que, aunque no estaban físicamente, los llevábamos en el corazón.

Coincidimos en que, a lo mejor las diferencias de edades no nos permitió acompañarnos más como hermanas, como colectivo desde el momento en que ocurrió el suceso. Porque las relaciones más íntimas entre hermanos estaban por generaciones, Olga con Oliva, Falco, conmigo en la niñez y cuando cumplió Falco 15 años, se conectó más con mi hermano Rogelio, entonces yo me volví más observadora de mi hermano Guillermo, pero sólo eso. Se hablaba de cualquier cosa no de sí mismos o de lo que nos doliera, creo que nos refugiamos en la música, en

la salsa y entre más fuerte fuera el sonido mejor, claro, inconscientemente estábamos ensordeciendo nuestro pensamiento, nuestro sentir, nuestro dolor.

Por otro lado, encontramos la vivencia singular y particular del duelo, el proceso de elaboración que cada una hizo. La condición de madre en mis hermanas, un rol que tuvo que asumir Oliva sola en la crianza de su hijo y el compromiso de estar laborando en una empresa ocupó su mente, su cuerpo, todo su ser. Entonces el duelo pasó a ser relevado, sólo por momentos venían imágenes que lo removían las responsabilidades familiares o laborales, los vínculos ya establecidos con hijos y pareja, estos contextos vinculares diferentes a la familia que éramos, hicieron pausa y dilataron la elaboración de su propio duelo.

Aunque nuestra familia sufrió la sensación de desmembramiento de sus raíces y fuimos despojadas de nuestro suelo espiritual, unas más, otras menos, pero todas al final errantes, tarde o temprano. Fue el hilo invisible de la maternidad el que nos volvió a unir. Ya habían pasado seis años cuando recuerdo cómo, en aquellos días, las reuniones y visitas comenzaron a brotar de nuevo, aunque solo fuéramos nosotras. Encuentros que atesoro, porque en ellos recogimos fragmentos de nuestra historia y, de algún modo, una pizca de nosotras mismas.

No recuerdo el ataúd, ni el velorio, solo que llevaba a mi mamá del brazo cuando ya íbamos para el entierro, no recuerdo el cementerio, no recuerdo más nada.

—*Inés Oliva Cano Ramírez 2025*

Y es que,

“De algún modo, todas vivimos con esta particular vulnerabilidad, una que ante el otro es frágil ante esos súbitos accesos venidos de otra parte que no podemos prevenir. Sin embargo, esta vulnerabilidad se exagera bajo ciertas condiciones sociales y políticas, especialmente cuando la violencia es una forma de vida y los medios de autodefensa son limitados” (Butler, 2004, p. 55).

Pero, es la muerte la más generosa y costosa en recuerdos, pues siempre trunca nuestros sueños, deseos, ilusiones. La muerte física, la aniquilación de la unidad psicosomática trae enormes interrogantes. Como tales interrogantes no se pueden resolver, están más allá de la

lógica convencional, fuera del alcance de la razón, el pensar es muy limitado, pues siempre va a desear ir en la corriente de lo conocido, su saber es estrecho ante la inmensidad de las tinieblas de la muerte. La mente se paraliza, el bloqueo mental aparece, pasado el susto, la mente rehace los acontecimientos de acuerdo con su particularidad y van asomando mecanismos psíquicos que tratan de suavizar la crueldad del hecho.

En una situación de duelo como esta, fácilmente se entrecruzan los mecanismos psíquicos frente al dolor personal con la necesidad de adaptarse a las situaciones adversas que tuvieron lugar después de la muerte. El contexto de una violencia continua que no da tiempo a la elaboración particular de un duelo. En este punto, —Falco es un caso particular, no tiene esa cualidad de ser propensa a la tragedia, asimila con naturalidad, esas flores negras que el mundo siembra—.

Sobre el entierro, fuimos testigos de una aglomeración de personas del barrio que se hicieron presentes para despedir a nuestro padre. Dice Olga que no sabía que Papá fuera tan conocido. Yo sí lo sabía. Ir todas las tardes a ayudarlo con el ritual de preparar el parqueadero, la chaza con los dulces y cigarrillos, llevarle los alimentos; estar cerca de él a diario me permitió darme cuenta con la cantidad de personas que él interactuaba, cómo lo trataban y como lo querían. Para Falco y Oliva fue toda una sorpresa escucharlo porque ese momento lo tienen borrado, sólo recuerdan el dolor tan fuerte que sentían camino al cementerio.

No había palabras para ese momento, solo el eco del llanto y la certeza de que nada volvería a ser igual

—*Falconery Cano Ramírez. 2025*

Así mismo, el duelo es una experiencia que, por medio de rituales, acunamos por la memoria; entonces exorcizamos el dolor y la tragedia por medio de un comportamiento irracional y compulsivo. Vamos desplegando ante nuestros ojos toda una serie de dispositivos psíquicos, emocionales, manías, olvidos, llanto, suspiros, insomnio, dolores psicósomáticos. Nos dolemos de todo. Así, el duelo como costumbre, como tradición, nos impide ver el dolor. La costumbre ante el dolor nos insensibiliza, nos mata el alma. Morimos antes de morir. Y la memoria, que es también pensamiento y recuerdo, se torna selectiva y omite deliberadamente, el

dolor, la confusión, el desencanto. Obnubilamos nuestra consciencia.

En consecuencia, el miedo, la desolación, preguntas sin respuestas fueron nuestros compañeros en la supervivencia, el reto de vivir día a día con un poco de tranquilidad era nuestro mayor deseo. Uno de estos mecanismos psíquicos, para abordar la pérdida, en nuestro caso, fue el duelo. Este duelo no empuja a socializar, el dolor, la pena, la pérdida.

Esto determinó que cada una vivió el proceso como pudo con la información que tenía, vivimos bajo amenaza lo que detonó el destierro, todo lo anterior obtura el proceso de duelo que se mira en ocasiones sólo desde los aspectos psicológicos y el duelo se inscribe en el contexto en el que ocurre la pérdida.

Conclusiones

Si en el miedo y el dolor nos habíamos perdido, fueron estos mismos detonantes los que nos motivaron a encontrarnos; si el fracaso y la violencia son inevitables, la fuerza para enfrentarlo y desarmarlo fue más grande. Para nosotras tener presente que luego de cada noche veremos amanecer y que al igual que la sombra, existe una luz que nos pertenece. Ser una voz para mis hermanas y para mí significó no solo detonar la expresión de nuestro dolor, dar respuesta a muchos interrogantes y percepciones, que tal vez estuvieron reprimidos durante muchos años. Creamos un espacio de escucha y nos permitimos resucitar los duelos no resueltos, los que fueron pausados o ignorados bajo la suposición de que todas estábamos bien porque de uno y otro modo fuimos naturalizando los efectos de la violencia.

En este recorrido logramos darnos cuenta de cómo, cuando conocemos un poco más a nuestros seres queridos, cuando miramos sin juzgamientos el dolor, lo que nos hace sufrir en él va perdiendo peso, de ese mismo modo, cuando comprendemos la violencia, obtenemos respuestas a nuestra frustración y desesperación.

Por otro lado, descubrimos cómo la ausencia de la madre influyó en la dinámica familiar y en la reconstrucción del duelo. Su dedicación al trabajo, la búsqueda de sustento quizá generó una distancia emocional entre ella y sus hijos. Se anticipó que los encuentros eventuales con la

madre intensificaron la desintegración familiar, dejando un vacío que complicó el proceso de duelo por la pérdida del padre.

Finalmente, lo que nos desagrega como familia no es sólo el asesinato del padre, sino que tuvimos que vivir con la amenaza mucho tiempo, y esa amenaza tuvo un efecto en la vida de todos, de algún modo había que huir, había que cuidar a los que había que cuidar. Teníamos que estar alertas. ¿Qué unidad se sostiene bajo la amenaza permanente y bajo la necesidad individual de estar alerta? Fue muy difícil estar unidos cuando había que estar atentos a lo que pasara afuera. Estuvimos cuidándonos y sobreviviendo.

Entre tanto, esta narración contribuye a la posibilidad de abordaje para otras familias afectadas por el conflicto armado en el sentido de: preservar el legado familiar y la memoria a través de historias reconstruidas, que toquen dimensiones psicológicas y emocionales brindando perspectivas de duelo, memoria, dolor, sanación y las diferentes maneras en que las familias y las personas lo afrontan. Además, esta investigación favorece en la salud mental de las personas y las familias víctimas de la violencia. Por lo anterior se deduce que el impacto genera un trauma psíquico y de ahí la importancia del acompañamiento psicológico y psicosocial.

Invita a poner los ojos críticos sobre la violencia en Colombia, cómo se trata y de qué modo la memoria tramitada en la víctima puede ser una luz en la promoción de transformaciones sociales significativas.

Por último, para mis hermanas y para mí, fue simbólico, revelador e importante recordar todo esto en el presente, porque se le estaba quedando atrás, traer tantas cosas que se tenían reprimidas y poder hablarlas, además, enterarnos de cosas que no sabíamos, significó mucho. Fue bello recobrar la memoria tanto de las tristezas como de las cosas maravillosas.

A mis amigas, vecinas y familiares que fueron seres de presencia con su escucha, su consejo, su abrazo, su voz, quiero que sepan que las llevo conmigo, que les estoy infinitamente agradecidas por transitar directa o indirectamente conmigo esos días de desasosiego. Gracias por ser una luz en esos momentos.

Agradezco y felicito a mis hermanas por permitirse narrar sus experiencias y a través de la escritura y el diálogo tejer un camino para sanarse. Porque estas formas de reconstruirse,

especialmente en contextos de violencia, son fundamentales para la reparación del duelo y la preservación de la memoria.

A mi profesora de trabajo de grado Dora Liliana Osorio Tamayo por su amoroso acompañamiento en este bello proceso de reconstrucción y sanación.

Nota: Las personas cuyos nombres reales aparecen en este trabajo han dado su consentimiento informado para ser mencionadas.

Referencias bibliográficas:

Arroyo Navarro, Ángela Auné, Cambra Badii, Pérez Petrone, Travnik, Cecilia Universidad de Buenos Aires (2011) Pérdidas y Encuentros. Procesos de Exhumación y Reparación del daño en familiares de víctimas de desaparición forzada durante la última dictadura militar argentina. Trabajo Final Exhumaciones - Congreso UNR.

Butler, J. (2006). Vida precaria: El poder del duelo y la violencia (F. Rodríguez, Trad.). Paidós. (Trabajo original publicado en 2004). butler-judith-vida-precaria.pdf.

Cano Ramírez L.E. (2019) Letras al ruedo. Antología de talleres de escritura. Sistema de bibliotecas públicas de Medellín.

Cardona Arbeláez, J. F., Martínez Arroyo, J. E., & Cárdenas Herrera, W. G. (2018). Estrategias de afrontamiento en personas pertenecientes a la mesa de víctimas del municipio de Cauca, Antioquia, ante la pérdida de un ser querido, en el marco del proceso de paz en Colombia (Trabajo de grado). Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Departamento de Psicología, Seccional Bajo Cauca.

Castaño Zapata, D., & Jurado Castaño, P. A. (2019). ¿Cuál memoria? Los efectos políticos y el orden simbólico de los trabajos oficiales de memoria. *Colombia Internacional*, (97), 117–144. <https://doi.org/10.7440/colombiaint97.2019.06>

César Romero (2018) Centro Nacional de Memoria Histórica 262.197 muertos dejaron el

conflicto armado - Centro Nacional de Memoria Histórica

Cifuentes, M. R. (2009). Familia y conflicto armado. Trabajo Social (Universidad Colombiana de Ciencias Sociales, 13(2), 586-611. <https://doi.org/10.21501/22161201.3764> La escritura del duelo en narrativas de mujeres víctimas del conflicto colombiano EBSCO host

Delgadillo Serna, A. M. (2020). La casa grande: Un libro enigmático, profundo e impactante. Diario de Paz Colombia. Recuperado de <https://diariodepaz.com>

Díaz-Facio Lince, V. E., Ortiz-Medina, M. O. & Bedoya-Hernández, M. H. (2022). La escritura del duelo en narrativas de mujeres víctimas del conflicto colombiano. Revista

Díaz Facio Lince (2019) La Escritura del duelo. Universidad de Los Andes, Universidad EAFIT. La escritura del duelo - Díaz Facio Lince, Victoria Eugenia - Google Libros

Díaz-Facio Lince, V. E., Ortiz-Medina, M. O. & Bedoya-Hernández, M. H. (2022). La escritura del duelo en narrativas de mujeres víctimas del conflicto colombiano. Revista Colombiana de Ciencias Sociales, 13(2), 586-611. <https://doi.org/10.21501/22161201.3764> [La escritura del duelo en narrativas de mujeres víctimas del conflicto colo...: EBSCOhost](#)

Jank, (2016). Exhumación y segundo velorio: consideraciones psicoanalíticas sobre fantasías, duelo y simbolismo entre los pueblos originarios Cuerpo en la cultura Wayuu. Federación Psicoanalítica de América Latina septiembre 13 al 17 de 2016 Cartagena, Colombia.

Navarro Suárez, D. D. C. (2019). La reconstrucción de la identidad de las víctimas del conflicto armado en situación de desplazamiento originarios de la región Caribe colombiana incluidos en la política pública de retorno. Caso Las Palmas, San Jacinto, Bolívar [Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Nuevo León]. Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales. Dirección de tesis: Karla Annett Cynthia Sáenz López.

Quintero Gaviria, J. A., & Thevenot, A. (2015). El imaginario social del padre en Colombia: entre la fascinación y el desprecio. PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e intervención social, (20), 305-324. Nacional de Colombia), (11), 87-106.

DialnetFamiliaYConflictoArmado-4070931 (1).pdf

Rendón-Quintero, E., & Rodríguez-Gómez, R. (2021). Ausencia paterna en la infancia: vivencias en personas con enfermedad mental. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 19(2), 1-25. <https://dx.doi.org/10.11600/rllcsnj.19.2.445>